

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA



CONSIDERACIONES SOBRE LOS SIGNOS
EN EL ARTE PREHISTÓRICO DE LAS
CUEVAS DE LA REGIÓN CANTÁBRICA

CONSIDERACIONES SOBRE LOS SIGNOS
EN EL ARTE PREHISTÓRICO DE LAS CUEVAS
DE LA REGIÓN CANTÁBRICA

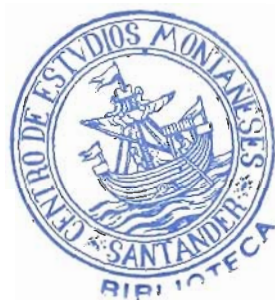
BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

CONSIDERACIONES SOBRE LOS SIGNOS EN EL ARTE PREHISTÓRICO DE LAS CUEVAS DE LA REGIÓN CANTÁBRICA

ASOCIACIÓN DE AMIGOS
DE LAS CUEVAS DEL CASTILLO



SANTANDER, 2014



RECONOCIMIENTOS

El autor desea expresar su agradecimiento a las entidades y representantes del Gobierno de Cantabria que han colaborado en la edición de este estudio no venal, así como al Centro de Investigación Nacional de Altamira y a la Sociedad Amigos de las Cuevas del Castillo, en Puente Viesgo (Cantabria). Del mismo modo, a las siguientes personas: Ignacio Barandiarán Maestu, José María Ceballos del Moral, Juan Carlos Fernández Domínguez, César González Sainz, Enrique Gutiérrez Marcos, José Antonio Lasheras, Jorge Lanza Lantarón, José Manuel Martínez Rodríguez, Alfonso Moure Romanillo, Pedro Saura, Angel Trujillano del Moral y Martín Vega Uribarri.

COLABORAN EN ESTA EDICIÓN:



- © DEL PRÓLOGO: José María Ceballos del Moral.
- © DEL ESTUDIO Y NOTAS: Benito Madariaga de la Campa.
- © ILUSTRACIONES: Archivo fotográfico de Prehistoria de Cantabria y entidades y autores que se señalan en el estudio.
- © CUBIERTA: Estampa IX del libro *Las pinturas y grabados de las cuevas prehistóricas de la provincia de Santander* de H. Alcalde del Río; Santander, 1906.
- © CONTRACUBIERTA: Vista parcial del Monte del Castillo, desde el sudeste, ver *La cueva de Las Monedas*, Barcelona, 1972, lámina I.

Santander, agosto de 2014.

EDITA: Asociación de Amigos de las Cuevas del Castillo.

MAQUETACIÓN E IMPRESIÓN: Bedia Artes Gráficas, S. C. San Martín del Pino, 7. 39011 Santander.

D. L.: SA-508-2014 • Impreso en España

ÍNDICE

PRÓLOGO	
por José María CEBALLOS DEL MORAL	9
INTRODUCCIÓN	13
SIGNOS MÁS REPRESENTATIVOS	27
Tectiformes	27
Escaleriformes	33
Signos Cuadrangulares	36
Basnas y Balsas	36
Puntiformes (puntos aislados, en fila o en grupo). Los discos	37
Naviformes	41
Onduliformes y Serpentiiformes	41
Reticulares	42
Placentiformes	42
Pisciformes	44
Aviformes u Ornitomorfos	44
Escutiformes o Campaniformes.	44
Empalizamorfos	45
Pectiniformes	46

Claviformes	47
Pigomorfos	48
A MODO DE CONCLUSIÓN	51
APÉNDICE: «REMEMBRANZAS»	
por H. ALCALDE DEL RÍO	53

PRÓLOGO

CON motivo de la apertura del XXIII ciclo de conferencias sobre Prehistoria celebrado en Puente Viesgo, tuve que recordar a los asistentes que, algunos amigos y colaboradores ya no estaban entre nosotros: Victoria Cabrera, Javier Fortea, Joaquín Vaquero Turcios, L. G. Freeman y, recientemente, Joaquín González Echegaray. Sus muertes supusieron una gran pérdida para cuantos les trataron y, tanto más, para la ciencia prehistórica. Vaya para ellos en este prólogo nuestro homenaje y agradecimiento por la herencia que nos dejaron con sus palabras.

En cada ciclo hemos elegido y homenajeado a un científico para que contribuyera a fomentar con sus lecciones el ámbito de la prehistoria entre nosotros.

Tras veinticuatro años ininterrumpidos, hemos logrado la permanencia de estos ciclos creados por la Asociación de Amigos de las Cuevas del Castillo, en los que diversos especialistas trataron temas muy diversos sobre las cuevas de nuestro entorno, las excavaciones en ellas, el arte parietal, así como consideraciones sobre las formas de vida de nuestros antepasados del paleolítico y las ceremonias que practicaban invocando la caza en las diferentes formas para sobrevivir en un medio hostil y difícil.

Muchas veces me han preguntado el por qué de la celebración de estos encuentros en Puente Viesgo y no en Santander. Tal vez la explicación se deba a la atracción que ejercen las cuevas del Monte Castillo que se hayan dominando el pueblo y que necesitamos visitar de vez en cuando.

Ya a principios del siglo xx, los primeros prehistoriadores interesados por su historia y contenido acudieron al lugar que el padre Jesús Carballo llamó la «Ciudad Troglodita» y Juan Clottes considera una «Montaña Sagrada». Sin duda, es difícil encontrar otro lugar que contenga cuarenta y tres cavidades, de las cuales cinco están dotadas de arte rupestre, aparte del valor de los yacimientos, principalmente el que posee la cueva de El Castillo, considerada como una de las más importantes de la Región Franco-Cantábrica.

Desde su descubrimiento en 1903 por Alcalde del Río, la cueva ha sido visitada por los principales prehistoriadores del mundo, interesados por la belleza de Puente Viesgo y las pinturas de su interior, inventario que, con el tiempo, se fue ampliando con el descubrimiento posterior de otras cuevas, principalmente La Pasiiega (1911), las llamadas de Las Monedas (1951) y Las Chimeneas (1953). Atraídos por esta cueva singular de El Castillo acudieron al pueblo para contemplar su riqueza arqueológica los más destacados entonces estudiosos de la Prehistoria, como Alcalde del Río, Henry Breuil, Hugo Obermaier, P. Tehilard de Chardin, J. Nelson, M. Burkitt y P. Wernert, cuyos nombres y direcciones quedaron registrados en el libro de hospedaje de «La Vallisoleitana» donde se alojaron. También el Príncipe de Mónaco fue a ver en 1909 la cueva de Altamira en Santillana del Mar, la de El Castillo en Puente Viesgo y Covalanas en Ramales.

Obermaier, primer director de las excavaciones en El Castillo, dejó escrito el 7 de julio de 1912 este mensaje en el álbum de firmas de Puente Viesgo: «Yo me siento dichoso de haber podido contribuir a la gloria del Castillo y de la Pasiiega».

La monografía que ustedes leerán a continuación contiene las consideraciones de Benito Madariaga de la Campa, miembro de la Asociación de Amigos de las Cuevas del Castillo, que es, igualmente, Cronista Oficial de Santander. Inició su andadura en Prehistoria colaborando con J. G. Echegaray y L. G. Freeman en las excavaciones de Cueva de Morín en Villanueva de Villaescusa. Veterinario de profesión, posee un buen conocimiento sobre la vida de los animales, como ha demostrado en su reciente publicación *Vida y muerte en la Cueva de Altamira* (2010). Su amistad con Echegaray le llevó al estudio de dicha cueva y otros yacimientos de la cornisa cantábrica, en los que ha clasificado su fauna marina. Su interés por el arte paleolítico, le hizo estudiar, a la vez, la vida y la obra de Hermilio Alcalde del Río (1866-1947), publicada en 1972.

Las ideas que aporta en este estudio, objeto de una conferencia sobre los signos en la Prehistoria, debería tenerse en cuenta. En mi opinión, el artista paleolítico representaba lo que veía, pero el problema está, sin duda, en que por ahora desconocemos algunas formas que el autor trata de descifrar en este libro.

JOSÉ MARÍA CEBALLOS DEL MORAL

Presidente de la Asociación de Amigos de las Cuevas del Castillo

Santander, mayo de 2014

A la memoria del prehistoriador Joaquín González Echegaray
(Santander 1930-Santander 2013)

INTRODUCCIÓN

EN el Paleolítico, durante el periodo Magdaleniense y a partir del Auriñaciense, tienen lugar, sobre todo en el segundo periodo, momentos de apogeo de la población prehistórica y un mayor desarrollo de sus utensilios y de su arte. Arte utilitario podemos llamar también a las diferentes formas del trabajo de la piedra y del sílex con los que consiguieron toda una industria basada en la fabricación de objetos de los que se sirvieron y que hoy reciben nombres diversos: raspadores, bifaces, cuchillos, perforadores, buriles, etc. Del mismo modo, existió un progreso en los procedimientos de caza. El Magdaleniense fue la Edad de Oro de la Prehistoria, en la que se utilizaron principalmente la piedra, la madera, el hueso, las pieles, el marfil y las astas de cérvidos, materiales con los que hicieron los vestidos y múltiples objetos de la vida cotidiana, de caza y de adorno. Aquellos hombres supieron sacar un gran rendimiento con pocos medios. Las necesidades para la subsistencia en las diferentes formas de vida les obligó a buscar nuevos procedimientos de ensayo. Las chozas que construyeron con madera, ramas y pieles se han perdido y únicamente podemos imaginarlas por su semejanza con las de algunos pueblos primitivos.

La utilidad, es decir, el sentido práctico de sus trabajos, fue la regla de su comportamiento, exceptuando la faceta artística. La belleza de sus pinturas sería en algunos casos un resultado expresivo, pero quizá no el fin que buscaban, pues en otros podían ser unas prácticas de magia aplicadas, por ejemplo, a la captura de animales que representaron con dardos clavados en su cuerpo, recordatorio de escenas o sucesos a modo de transmisión comunicativa y social e, incluso, incipientes signos lingüísticos, como veremos. Arnold Hauser opinaba que las pinturas no fueron creadas con un propósito estético, ya que entonces no se ocultarían como sucede a menudo.¹

¹ *Historia social de la Literatura y del Arte*, 1, Barcelona, Colección Labor, 3 ed., 1993, p. 18.

Algunas pinturas parecen explicar la aventura de la caza, la muerte y utilización de los animales, como los bisontes representados en reposo, sin cabeza o en los revolcaderos. Mi estudio *Vida y muerte en la cueva de Altamira*, publicado en 2010,² constituye la primera tentativa de interpretación de estas figuras de los dos sexos de la manada, en la sala de Altamira, con animales vivos y muertos, en parto, etc., además de las referencias a las diferentes formas de la cornamenta de los bisontes.

A la pintura se unió el grabado, en gran parte perdido o sin descubrir. Estas representaciones fueron en su mayoría iconográficas y simbólicas y a ellas unieron en las cuevas o en el arte mueble ciertos signos que, como vamos a mostrar, solo algunos de ellos podríamos aventurarnos a descifrar, ya que, evidentemente, desconocemos los códigos utilizados. Motivos geométricos los encontramos también en azagayas, arpones e, incluso, en colgantes de adorno y propulsores, quizá con un sentido práctico expresivo de su forma de vida y que constituyen a modo de un libro revelador de los medios de que se servían. Pero solo podemos movernos humildemente en el campo de las conjeturas más o menos fundadas en el referente de nuestra mentalidad actual. Existen, pues, signos indescifrables. Su forma, el modo en que un signo se repite, su color, localización, tamaño y relación espacial con otros o con determinadas figuras debían de tener para los primitivos un significado relevante. Nos referimos a los signos rojos y negros que Marcelino Menéndez Pelayo calificó de enigmáticos y distribuidos conforme a un plan fijo y premeditado, según dice Hermilio Alcalde. En las cuevas de Tito Bustillo y de Altamira se emplearon también el color rojo oscuro, casi morado o violeta.

Podemos considerarlos como elementos de un sistema de comunicación. Pero, como veremos, algunos de ellos se acercan a una forma iconográfica esquematizada que nos da pie a sugerir una determinada lectura significativa.

Si complicado es moverse en el campo de la semiótica,³ mucho más, y sobre todo arriesgado, resulta teorizar sobre los signos prehistóricos pintados o grabados, que no dudamos que tuvieran una intención comunicadora y una función en el seno de la vida social de las comunidades prehistóricas. Responderían a una necesidad de organización mental y de pervivencia de sus elementales instituciones.

² MADARIAGA DE LA CAMPA, Benito: *Vida y muerte en la cueva de Altamira (Cantabria). Estudio interpretativo de los bisontes del techo de la cueva*, Santander, Consejería de Cultura, Turismo y Deporte de Cantabria, 2010.

³ ESTÉBANEZ CALDERÓN, Demetrio: *Diccionario de términos literarios*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, pp. 986 y 993.

Alfonso Moure los define en estos términos: «En sentido estricto, un signo (símbolo, emblema, señal, marca) es una acción material que, natural o convencionalmente, representa otro objeto o un concepto. En el arte paleolítico nos encontramos ante un doble problema: por un lado no podemos negar significado a las figuraciones animales o antropomorfas, significado obviamente consensuado y conocido por sus autores; por otro, tampoco debemos excluir el carácter “figurativo” (como delineación o reproducción de un sujeto real, con independencia de que sea conocido o no) a muchas de las cosas que habitualmente llamamos signos».⁴

Adaptándome exclusivamente de forma muy simplificada a las pinturas y grafismos parietales o de arte mueble que nos ocupan ahora, distinguiré elementalmente en principio entre iconos y símbolos. Los primeros son la imagen de un objeto. La imagen de un caballo o de una cacería, representaría descriptiva o denotativamente un caballo o una cacería. Respecto a los segundos, la imagen de ese objeto evocaría otra realidad, sugeriría otros significados con los que existirían ciertos vínculos por analogía. De esta forma, entre la imagen y lo simbolizado habría una relación motivada, pero no necesaria, pues lo evocado trasciende a lo representado icónicamente en la pintura o grabado, con un sentido que puede ser irracional, oculto, misterioso, que apunta hacia el inconsciente, hacia la emoción. Así, a gran parte de las imágenes prehistóricas les dan los estudiosos esta categoría de símbolos. Su carácter connotativo se adecuaba muy bien a la expresión artística, religiosa, mística, ritual, mágica o chamánica. Esta última, como opina Jean Clottes,⁵ sería un rito mágico en manos de los chamanes, como en la cueva de El Castillo, con fines de ayuda o protección.

Siguiendo con la simplificación de estas clases tan especiales de signos —como son los prehistóricos— se pueden observar otros de ellos en los que en general no encontramos fácilmente significación ni icónica ni simbólica, pero ahí están y su sentido tendrían: rayas diversas, puntos aislados o en grupos, especies de cuadrículas y todo tipo de variantes de figuras geométricas más o menos combinadas que, a veces, nos llevan a la presunción de abstracciones, como las numéricas, las espaciales o las temporales. La asociación de animales pintados y de signos los encontramos en numerosas cuevas, como ocurre con bisontes y puntos rojos en la cueva de Covaciella.

Por analogías, podemos deducir que algunos de estos signos son el resultado de un proceso de esquematización o simplificación de la imagen de objetos concretos, como ciertos tectiformes o claviformes, pongo por caso. Y así, por esa

⁴ *La cueva de Tito Bustillo. El arte de los cazadores del Paleolítico*, Gijón, edit. Trea, 1992, p. 28.

⁵ «El chamanismo en las cuevas paleolíticas», *El Catoblepas*, núm. 21, noviembre 2003, p. 1.



M. Sanz de Sautuola
(1831-1888)

semejanza, por tener «forma de cosas concretas», se les ha venido designando, desde su descubrimiento, con los términos que añaden los sufijos «forme» o «morfo», es decir, «en forma de», a la parte que indica el objeto que recuerdan.

Existen desde signos que poseen, en mayor o menor grado, una iconización descriptiva, como las rayas agrupadas en forma de choza de paja de Altamira —por cierto en Lascaux asociadas a clavi-formes— hasta los que carecen por completo de ella.

Las múltiples variantes, incluso de color, podrían corresponder a cambios significativos de todo tipo, teniendo siempre en cuenta los materiales colorantes de que disponían. Naturalmente, estos signos pueden convertirse en símbolos, sobre todo cuando se agrupan entre ellos o se relacionan espacialmente con pinturas o con grabados, por ejemplo, con representaciones

animales o humanas. Así, puede verse una fila de claviformes bajo un bisonte en la cueva de El Pindal en Asturias.

Esto nos lleva a la consideración del valor significativo de la sintaxis o la relación de unos signos con otros para dar un sentido unitario, que puede así tener incontables variantes, como se ha venido estudiando recientemente. La interpretación de los signos varía según las culturas, y el buscar analogías tiene un evidente interés antropológico. Su sistematización, asociados de diferente forma, aislados o en grupo, con sus variantes y relaciones, podría aproximarse, salvando todas las distancias, a un tipo de escritura. Alain Roussat, en su libro *L'art préhistorique*,⁶ cree en un sistema de comunicación del pensamiento del hombre paleolítico que es como una verdadera escritura de la que no poseemos la Piedra Rosetta.

Es evidente que las agrupaciones humanas o comunidades tenían que poseer, o más bien conocer, un código compartido para cifrar y descifrar estos mensajes. Se ha observado, según Breuil, la semejanza en algunas características de los signos pertenecientes a grupos humanos que habitaban las cuevas en un radio de espacio cercano, como las del Cantábrico, y las diferencias con las de otras más alejadas, tal es el caso de las francesas. Del mismo modo, características de cuevas francesas difieren de las de otras comunidades humanas más alejadas o pertenecientes a otras etnias. Breuil alude, por ejemplo, a la similitud entre

⁶ Bordeaux, Editions Sud Ouest, 1997.

algunos signos de El Castillo y los existentes en la Dordogne y entre varias cuevas del Cantábrico.

No pasaron desapercibidos a Marcelino Sanz de Sautuola estos signos en la galería estrecha del final de la cueva de Altamira, cuando descubrió las pinturas. En su opúsculo *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander* (1880) menciona así los existentes en el «corredor final»: «La galería número dos, solo ofrece de particular el tener en un hueco que existe en su fondo, pintadas las figuras números 1, 2, 3 y 4 de la lámina cuarta, la segunda en el techo, únicamente con perfiles negros, y las demás sobre los costados, con negro las líneas largas y rojo las más cortas». Obsérvese, que el autor, prudentemente, no citó en el título del libro la palabra «pinturas» y se refirió únicamente a los «objetos», aunque aparecen ambos en sus páginas, tanto pinturas de animales, como grabados y signos, juntamente con la relación del material obtenido en sus sencillas excavaciones, donde dio a conocer huesos, sílex, punzones y conchas de moluscos. Reproduce todos ellos en las láminas insertadas en el libro.

Sautuola sin ser propiamente prehistoriador tenía una buena preparación en esta ciencia (era Correspondiente de la Academia de la Historia), que conocía por sus estudios y haber visitado la sección de Prehistoria en la Exposición Universal de París de 1878. Poseía, además, una buena biblioteca sobre el tema. En vano intentó descubrir pinturas en otras cuevas, aunque las exploró, como fue el caso de las citadas así por él: de la Peña del Mazo, en Camargo; la cueva de la Venta del Cuco, cerca de Ubiarco; la de la Fuente del Francés, la del Poyo en el pueblo de Saja y la de los Campos de Estrada.

Sautuola perteneció a la primera promoción de estudiosos de la Prehistoria del siglo XIX en España, cuando se inicia «la nueva ciencia» que era admitida y practicada entonces por contados autores, algunos colaboradores en el *Boletín-Revista* de la Universidad de Madrid, como Francisco María Tubino, Juan Vilanova y Piera y Rogelio Inchaurrendieta, que asistieron al IV Congreso Internacional de Antropología y Arqueología Prehistórica de Copenhague en 1869. Otros destacados conocedores fueron Casiano de Prado, Augusto G. de Linares y Emilio Huelin.⁷ Sautuola fue el primer descubridor en Europa del arte parietal con el de la cueva de Altamira. Después en Francia, en 1890, se descubrió la gruta de



⁷ MADARIAGA DE LA CAMPA, B.: «Iniciación de la Prehistoria en el siglo XIX y la aparición del arte parietal en Altamira (Cantabria)», *Altamira*, tomo LXXXIII, Santander, 2012, pp. 145-169.



H. Alcalde del Río
(1866-1847)
Óleo de J. Bárbara Balza.

Figuier; en 1895, la de La Mouthe, y al año siguiente la de Pair-non-Pair. La última descubierta en ese siglo entre las francesas fue la de Marsoulas en 1897. De todas ellas realizó después copias el abate Breuil.

En el siguiente siglo xx tiene lugar de forma creciente el estudio de la Prehistoria y una gran difusión de ella y de la teoría del evolucionismo. Al descubrimiento de la cueva de Mas d'Azil en 1901 por Breuil en Ariège, le siguen nuevos hallazgos en Francia y en la entonces provincia de Santander por Hermilio Alcalde del Río.

Cartailhac y Breuil se refirieron en varias ocasiones a diversos signos, algunos de ellos representados en su estudio *Les peintures et gravures murales des cavernes pyrénéennes. Altamira de Santillana et Marsoulas*.⁸

Menéndez Pelayo en el tomo primero de la refundida edición de *Los Heterodoxos* de 1911, en la parte referente al tema prehistórico, inserta un extenso texto de Cartailhac y Breuil donde se refieren así a aquellos: «Los signos negros forman grupo aparte, y están diseminados al acaso como los grafitos hasta las extremidades del subterráneo. Algunos son croquis de animales muy incompletos, entre los cuales parece reconocerse un pescado. Pero la mayor parte tienen singular aspecto *alfabetiforme* y no se han encontrado más que en Altamira. Estas series de signos parecen enlazadas entre sí.

»No son menos sorprendentes los signos rojos que están localizados en el gran techo de la caverna, y en un estrecho y misterioso rincón que se halla al término de la galería principal. Además de varias tramas de puntos, que forman a veces líneas irregulares como en Marsoulas, se encuentra una pequeña mano como de niño, o mujer, y unas veinte figuras de forma lineal simple, que por su remota analogía con barcos han sido llamados provisionalmente *naviformes*, aunque también pudieran ser representación de un arma de madera. De todos modos la repetición de



⁸ *L' Anthropologie*, tomos xv y xvi, pp. 625-644 y 432-443.

este signo, aunque con variantes, en una superficie de cincuenta metros cuadrados, prueba que correspondía a la misma idea y que ocupaba un gran lugar en el pensamiento del artista. Estos signos están atravesados por las patas de una gran cierva.

»Hay otra categoría de signos que no se encuentran más que en los espacios que quedan vacíos entre los animales. Son los signos llamados *pectiniformes* por su semejanza con los peines.

»Los múltiples documentos paleontológicos y arqueológicos que encierra la estación prehistórica de Altamira, corresponden a dos fases del gran periodo paleolítico, el de Solutré y el magdaleniano».⁹

Hermilio Alcalde del Río, continuador de las excavaciones de Altamira y descubridor, entre otras, de la cueva de El Castillo, en Puente Viesgo, publicó en marzo de 1906 *Las pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas de la provincia de Santander*, donde consideraba las pinturas del corredor final de la cueva de Santillana del Mar, que describe con estas palabras: «La galería H final, cerca ya de su conclusión presenta en el muro de la derecha varias figuras agrupadas que la estampa IV, núm. 16 reproduce. Con estas figuras cabe la misma objeción que hicimos al hablar de las anteriores; desde luego el que ahora nos ocupa es un trabajo lineal también, de carácter escaleriforme, sin la elegancia que aquellos representan, pues en éste su autor revela más paciencia que gusto en su confección».¹⁰ Al estudiar la cueva de El Castillo, se refería, igualmente, a signos existentes, preguntándose si son «una gráfica traducción de cosas u objetos pertenecientes a la vida real y de inmediata aplicación a los usos de la vida». Como dice I. J. Gelb en *Historia de la escritura* (1976),¹¹ «los hombres primitivos suelen



Marcelino Menéndez Pelayo
(1856-1912)



⁹ *Historia de Los Heterodoxos Españoles*, segunda edición refundida, tomo I, Madrid, 1911, pp. 84-85. En esta última página aparece la nota 2: CARTAILHAC Y BREUIL: *La caverne d'Altamira*, pp. 229, 230 y 235.

¹⁰ *Las pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas de la provincia de Santander*, Santander, Imprenta Blanchard y Arce, 1906, pp. 27 y 65.

¹¹ Alianza Editorial, 1976, p. 43.



Alberto I, Príncipe de Mónaco
(1848-1922)

asociar sus dibujos con cosas y hechos concretos del mundo en torno». De otros no sabemos su significado y tendemos a utilizar analogías para su explicación.

Alcalde del Río, uno de los primeros que hizo una referencia en Cantabria a estos signos, fue descubridor en la región de más de once cuevas desde 1903 hasta 1910, algunas de ellas en compañía del P. Lorenzo Sierra y otras del abate Henri Breuil. Sin prisa, ya que dice en su primer libro de 1906, que le llevó dos meses, pudo examinar la cueva de Altamira y copiar un numeroso número de signos y grabados con suficiente exactitud, como buen dibujante y profesor que era de la Escuela de Artes y Oficios de Torrelavega. Fue, sin duda, un hombre dedicado a la Prehistoria, en la que fue un autodidacta, célebre

por los descubrimientos de algunas y las exploraciones de otras de fuera de su región, en Asturias. Con ser el suyo un libro interesante, con abundantes datos sobre los signos, no podía compararse con el de Cartailhac y el abate Breuil, *La caverne d'Altamira à Santillana près Santander (Espagne)*, impreso en Mónaco en el mismo año, fecha del Congreso de Prehistoria del Principado. Se trata de un libro de lujo, de gran tamaño, con copias de Breuil, fotocolografías de Lassalle, dibujos y una parte del libro dedicada a la etnografía y el arte de los pueblos primitivos de África, Australia, etc. Contiene, además, signos de cuevas francesas de Bernifal y Combarelles.

Alcalde del Río envió un ejemplar de su libro al Príncipe de Mónaco, al IV Congreso de Paleontología y Arqueología Prehistórica, lo que hizo que fuera felicitado por los congresistas y escribe al respecto: «[...] a la terminación de aquel congreso recibí una comunicación en nombre del Príncipe, en la cual se me manifestaba el deseo de S. A. S. de asociarme al grupo de especialistas que bajo sus auspicios y protección se estaba formando para la prosecución de estos estudios, y, ante tan elevado como inmerecido honor, acepté el puesto señalado para colaborar en tan para mí gratos recuerdos».¹² En julio de 1909, el Príncipe vino a Santander a bordo de su yate, el «Princesse Alice II», y realizó varias excursiones para conocer las principales cuevas de la región (Altamira, El Castillo y Covalanas) visitadas bajo la dirección principal de Henri Breuil y

¹² Ver Apéndice «Remembranzas» de H. Alcalde, p. 51.

H. Alcalde del Río, año en que vino también Hugo Obermaier. Breuil ya había estado en la provincia anteriormente, en septiembre de 1902, para el estudio de Altamira con Cartailhac, ocasión en que conoció a Menéndez Pelayo. Volvió en 1906, 1907 y 1908.¹³

Libro importante, dentro de la colección patrocinada por el Príncipe, fue el escrito en 1911 por H. Alcalde del Río, Henri Breuil y el Padre Lorenzo Sierra con el título *Les cavernes de la region Cantabrique*, obra que recoge el estudio de las principales cuevas de valor prehistórico conocidas entonces. Se refirieron estos autores a los que llaman «tectiformes» y «escaleriformes», a la presencia de manos, etc. e incluyen un cuadro comparativo de los signos existentes, principalmente, en las cuevas de Altamira y El Castillo. En este libro de los tres autores se utiliza una nomenclatura que luego perdurará ampliada en estudios posteriores con los nombres de «escaleriformes», «escutiformes», «claviformes», «aviformes», «tectiformes», «pectiniformes», «puntiformes», etc.; nombres que actualmente se siguen empleando, aunque algunos autores rechacen su significado. Igualmente se menciona la existencia de rocas transformadas en cabezas de animales, adaptadas con pequeñas pinturas que reproducen los ojos y los ollares, figuras presentes en varias cuevas francesas y españolas. Tal es el caso, por ejemplo, de la estupenda cabeza de caballo en relieve de la cueva de Commarque (Dordogne). En Altamira figuran en la llamada «Cola de caballo», en el tramo de la galería final angosta de la cueva, con diferentes anchuras, varias máscaras, una de caballo y otra con el rostro de un bisonte, si bien algunos las consideran humanas. En El Castillo se puede ver también la utilización o adaptación de una roca con la reproducción de una cabeza animal con el ojo señalado. Más conocida es la escultura sobre una columna estalagmítica, en postura perpendicular, de un bisonte en el sector VII de la cueva del Castillo. Hay al menos otras dos en la galería inferior de La Garma.

André Leroi-Gourhan, en *Arte y grafismo en la Europa Prehistórica* (1984), libro resultado de sus explicaciones en el College de France de 1968 a 1983, ha considerado numerosos signos como símbolos sexuales o de diferenciación sexual, hoy no aceptado nada más que para algunos casos muy concretos. Se le reconoce como uno de los mejores estudiosos que intentó interpretar los signos y elaboró una clasificación estructuralista en cuatro estilos: signos de líneas, de relleno o plenos, de puntuaciones rojas y negras, agrupaciones de trazos paralelos ligados a animales como bisonte, caballo, etc., aparte de tipos sexuales y dibujos digitales o de meandros, entre otros.

¹³ RIPOLL PERELLÓ, Eduardo: *Vida y obra del abate Henri Breuil, padre de la Prehistoria*, Barcelona, 1964 y véase también *Prefacio* escrito por Breuil, UNED, Madrid, 1994.



Máscara de la Cueva de El Castillo,
según H. Breuil.



Máscara de piedra del Juyo,
según J. G. Echegaray y L. G. Freeman.



Máscara de Altamira en la Cola de Caballo,
según Museo Nacional de Altamira.



Máscara en Cola de Caballo,
según Museo Nacional de Altamira.

Pilar Casado, en su estudio *Los signos en el Arte Paleolítico de la Península Ibérica* (Zaragoza, 1977), es autora muy citada con una clasificación también de formas geométricas y de líneas. Parecida es la clasificación de Denis Vialou¹⁴ de puntos,

¹⁴ «L'art des grottes en Ariège magdalénienne», *Gallia Préhistoire*, Suplemento xxvi, Paris, 1986.

líneas y los contruidos con estructura interna o de contorno, de tipo estructuralista. En justicia debe citarse también a George Sauvet, con más de cuatro trabajos de 1977 a 1993. Según F. Bernardo de Quirós y A. Mingo Álvarez las clasificaciones de signos se rigen por criterios morfológicos o tipológicos.¹⁵

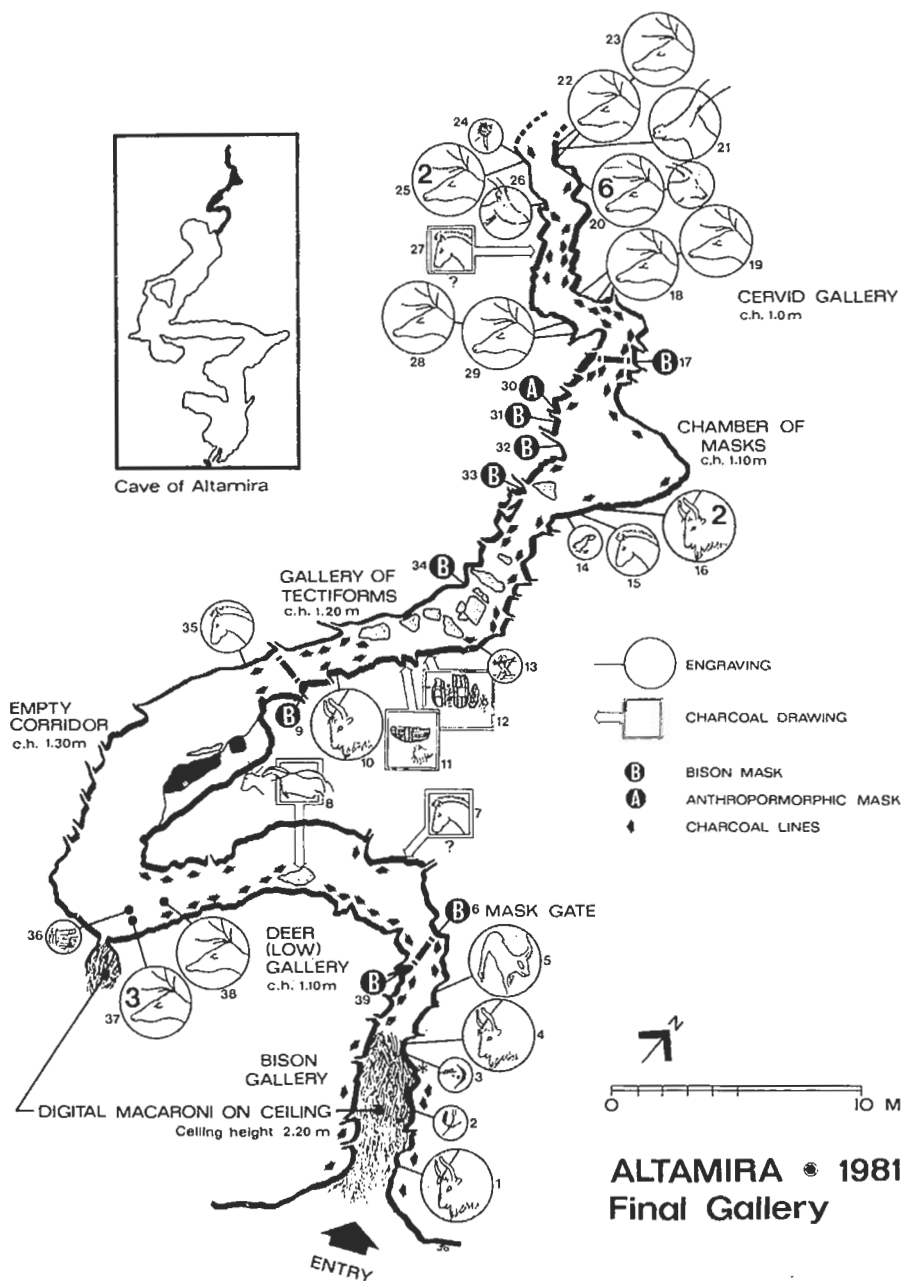
¿Por qué los pintaron y qué significado tienen? Igualmente es difícil conocer qué buscaban con ello. Indudablemente las asociaciones entre los signos con las pinturas, el número de puntos y las filas de ellos, su tamaño, el por qué unos fueron pintados en rojo y otros en negro, los que figuran aislados o integrados con pinturas, etc., constituyen enigmas sin descifrar. La repetición de ellos indica, sin duda, una intencionalidad. Actualmente el estudio de los signos ha tomado una gran importancia en el conocimiento de cada cueva porque tenían para los ejecutores un significado y un valor utilitario, fuera mágico o informativo, quizá no muy diferente al de las pinturas.

Los estudios sobre estos signos son numerosos cuando se consideran las cuevas respectivas de la región cantábrica. Ignacio Barandiarán Maestu ha sido posiblemente el autor que ha estudiado con más detalle el arte mueble, sus pinturas y signos en esta región.¹⁶ Ya en su libro de *Arte mueble* realizó en 1972 una completa clasificación de las representaciones no figurativas de hasta diez formas: longitudinales, dentadas, en ángulo, en arco, cerradas, en zig-zags, etc. Podemos mencionar, igualmente, en este repaso somero de la bibliografía, la de *Altamira Symposium* (1981), donde colaboran varios autores: F. Jordá, Leroi-Gourhan, M. Farinha dos Santos et alii, a J. G. Echegaray y L. G. Freeman, que publicaron trabajos sobre los signos y los dos últimos lo hicieron también sobre una máscara del Juyo. J. Ucko y Andrée Rosenfeld se ocuparon, también de ellos en su libro *Arte Paleolítico* (1967). Alfonso Moure, como editor de *El hombre fósil, 80 años después* (1996), incluyó en el libro un artículo de Christian Züchner sobre los signos escaleriformes de Altamira (pp. 325-343). El mismo Alfonso Moure los relaciona con la movilidad o intercambio dentro de las agrupaciones humanas de los cazadores-recolectores.¹⁷ En esta breve mención que hacemos ahora de una representativa bibliografía cantábrica hay que mencionar también el estudio de L. G. Freeman y colaboradores, donde se recoge ampliamente el comentario de las figuras de animales y signos en las diferentes galerías de la «Cola de caballo» con ciervos, máscaras, tectiformes, bisontes y macarronis digitales,

¹⁵ Ver de estos autores «La interpretación de los signos», *El significado del Arte Paleolítico*, edic. de J. A. Lasheras y J. González Echegaray, Madrid, Ministerio de Cultura, 2005, pp. 211-228.

¹⁶ *Arte mueble del paleolítico cantábrico*, Zaragoza, 1972, pp. 42-48. Ítem: *Imágenes y adornos en el arte parietal paleolítico*, Barcelona, Ariel, 2006.

¹⁷ Ver *Complutum*, 1994, núm. 5, pp. 3130-3330; M. R. González Morales, *idem.*, pp. 291-302.



Mapa 1. Altamira: Cola Caballo (*Altamira Revisited Ch. V: 18*).

que se publicaron por el Institute for Prehistoric Investigations.¹⁸ Por último, Alberto Mingo, basándose en los elementos gráficos que contiene la cueva de El Castillo, ha elaborado un estudio interpretativo según el análisis morfológico técnico, contextual y tipográfico de esta cueva.¹⁹ Otro prehistoriador estudioso del arte representado en varias cuevas de Cantabria (Chufín, Micolón, La Pasiega, Cullalvera, La Llosa, etc.) es César González Sainz, más interesado por la documentación, distribución topográfica, las asociaciones y datación de esos signos, que por la lectura o interpretación.²⁰

Pablo Arias Cabal y Roberto Ontañón opinan que los signos son una abstracción y parten de algo conocido, aunque algunos no sabemos qué representan y qué apariencia tienen identificable.²¹ Para Clara Hernando Álvarez, «las representaciones prehistóricas componen un lenguaje que nos habla acerca de las formas de vida y organización social de los grupos paleolíticos. Un lenguaje, eso sí, codificado, pero que transmitiría mensajes reconocibles e interpretables para aquellos que los practicaban y los conocían por formar parte de un grupo».²²

¹⁸ Ver «Animals, Faces and Space at Altamira: A Restudy of the Final Gallery (“Cola de Caballo”)», *Altamira Revisited Ch. V: 18*, Chicago/Santander, Institute for Prehistoric Investigations/Centro de Investigación y Museo de Altamira, 1987, pp. 179-247.

¹⁹ SPAL (Revista de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Sevilla), núm. 18 (2009), pp. 29-40.

²⁰ *Las cuevas con arte paleolítico en Cantabria*, Torrelavega, Gobierno de Cantabria, 2010.

²¹ *La materia del lenguaje prehistórico*, Santander, Gobierno de Cantabria, 2005, pp. 26-30.

²² Comunicación presentada en el congreso «Razón, Utopía y Sociedad», *El Futuro del Pasado*, núm. 2, Salamanca, 2011, pp. 29-47.



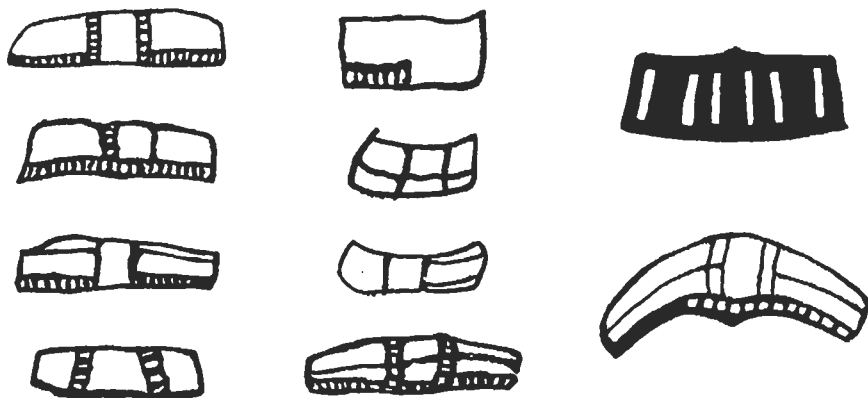
Signos tectiformes: 1. Grabado de Combarelles y pintados al rojo; 2 y 3 de Font de Gaume (según Capitan y Breuil, 1906).



Figuras tectiformes grabadas en la Cueva de Bernifal (según Capitan, Breuil y Peyrony).



Formas de techos y exteriores de tectiformas de Altamira (según Alcalde del Río, 1906).



Tectiformes de la Cueva de El Castillo, según Alcalde del Río, 1906.
(Figuras posicionadas horizontalmente por el autor de este trabajo).

SIGNOS MÁS REPRESENTATIVOS

EXPONEMOS, a continuación, una relación de los signos más importantes y conocidos en las cuevas de la región Cantábrica, los llamados comúnmente signos cuadrados, rectangulares, redondos o circulares, escaleriformes, de puntos, de líneas, claviformes, placentiformes, etc., a los que intentamos encontrar un posible, cuando no aventurado, significado, teniendo en cuenta las opiniones de diversos autores. Las analogías presentadas con respecto a ciertas formas de vida en colectividades indígenas primitivas, de las que tenemos noticia, no son más que una hipotética aproximación al significado de los signos que nos ocupan, habida cuenta de las enormes distancias temporales, circunstanciales y culturales que separan a estas comunidades de las prehistóricas. Pero tampoco estas comparaciones deben rechazarse de forma absoluta. Los signos pueden tener diferente significado según el contexto donde aparezcan y la intención del ejecutor.

Tectiformes

Los tectiformes, de tan variada factura, han venido teniendo diversas interpretaciones, según la cueva y el lugar de localización. Por analogía, en algunos podría verse un esquema de choza.

Estos signos fueron descubiertos por primera vez en la cueva francesa de Font-de-Gaume (1901) y, como opina Roussot (1997), son casi todos gravetienses. En el citado libro de Cartailhac y Breuil



Tectiforme de la cueva de Altxerri, según J. M. de Barandiarán (1976).



Tectiforme de la cueva de Las Chimeneas (Puente Viesgo), según J. G. Echegaray.



Grabado de un tectiforme en la cueva de Le Gabillou (según Peter J. Ucko y Andrée Rosenfeld, 1967).

de 1906, se muestra en la figura 11, p. 24, un grabado de la cueva de Bernifal en el que se aprecia la técnica de sostenimiento de un techo con troncos en el centro y laterales, semejante a la seguida en otra de Combarelles en figura 17, p. 31.

Tan necesaria como la alimentación en el hombre prehistórico fue la habitación, problema primordial que exigía unas condiciones determinadas de emplazamiento, salubridad y la elección de lugar topográficamente adecuado con la presencia cercana de caza, de agua, de otras comunidades, etc.

En Cantabria encontramos estos signos en las cuevas de Altamira, El Castillo, La Pasiega, Las Chimeneas, La Clotilde y en la de Chufin, entre las principales. La semejanza hallada entre sí o con las cuevas francesas indicaría la pertenencia a grupos humanos próximos, aunque son signos ejecutados con diferente técnica.

Con un clima frío y riguroso, las cuevas grandes y pequeñas fueron un refugio protector dada la temperatura constante en ellas, donde se encendía fuego o en su proximidad para protegerse de los animales agresivos. Sin embargo, las cuevas no fueron lugares de residencia constante y, en mejores condiciones climáticas, el hombre prehistórico prefirió la construcción de chozas al aire libre. Algunos tectiformes son indicadores de sus diferentes formas. En su estudio de Altamira, Alcalde del Río las dibujó como tiendas de campaña, confeccionadas con pieles y otras rectangulares o circulares con ramas en el techo.

No faltarían viviendas de techo horizontal llevando soportes de sustento de madera con cubiertas de ramaje. Los «samoanos» de la Polinesia realizaban cabañas circulares utilizando madera de árboles, con techos abovedados cubiertos de hojarasca y sostenidas sobre estacas de metro y medio a dos metros en los extremos y otra de unos seis en el centro.²³

²³ KRUG, Hans-Joachim: *Australia y Oceanía*, México, Editorial Hispano Americana, Edit. Unión Tipográfica, 1961, p. 197.



Tectiformes de la Cueva de Altamira con la figura de arriba posicionada por el autor (según el Centro de Investigación Nacional de Altamira).



Tectiformes de Altamira (según el Centro de Investigación Nacional de Altamira).

En la entrada de algunas cuevas prehistóricas se advierte la presencia de «paravientos» con piedras protectoras. Parece que se realizaban frentes o tapias de piedra para evitar las inclemencias o la entrada en ellas de animales peligrosos. En las cabañas, redondas o rectangulares, el suelo podía ser de tierra o con losetas, pieles o esteras y con huecos en la parte alta para las salidas del humo y recoger la lluvia.

Existen signos en las cuevas francesas de Cougnac y Pech Merle en forma de una o dos *chimeneas* (prácticamente desconocidos en la región cantábrica), a los que Leroi-Gourhan consideró unas veces *aviformes* y en otras como *tectiformes*. Son frecuentes en las cuevas citadas. Pudieran significar tectiformes con salidas de humo.



Signos tectiformes en forma de «chimeneas», según A. Leroi-Gourhan, 1984, p. 213.

Según Miguel Rivera Dorado, los «tarahumaras» (pueblo del Noroeste de Méjico en la Sierra Madre Occidental) «viven en chozas de madera de pequeñas dimensiones, la puerta es el único vano con excepción de la abertura sobre las paredes por la que sale el humo del hogar. El suelo es de tierra apisonada, y el



Cabaña de Bosquimanos (South African Museum, Ciudad del Cabo).

Foto de J. Drury. Reproducido por L. R. Binford, *En busca del pasado*, 1998.

techo de troncos acanalados, formando talud. En ocasiones, en las zonas en que abunda este material, se construye con piedra, superponiendo las o bloques irregulares sin mortero para formar los muros, sujetos a su vez por troncos alternados que mantienen la techumbre. Con relativa frecuencia ocupan también las cuevas, especialmente en invierno, ante las que levantan tapias de piedra para impedir la entrada al viento y a los animales. Las casas rara vez cuentan con más de un cuarto que cumple las funciones de cocina, comedor y dormitorio de la familia nuclear».²⁴

En la ya citada galería final de Altamira, aparecen con cierta claridad varios tectiformes interpretables como chozas, aparte de otros que, como veremos, se asemejan a trampas, balsas y canoas. Curiosamente, en Lascaux se ven algunos asociados a claviformes y en Fontanet con el extremo superior del palo central recubierto de forma semejante a nuestros almiarés. Se advierte la falta de perspectiva, ya señalada por Hermilio Alcalde en la descripción de algunos signos tectiformes, como en el caso en que los hemos posicionado de forma horizontal en la cueva de Altamira para que se aprecien mejor. Alrededor, algunas chozas rectangulares se ven con dos y tres postes de sujeción hincados en el suelo y un hueco o dos que hacían de entrada. En la cueva de Las Chimeneas (Puente Viesgo)

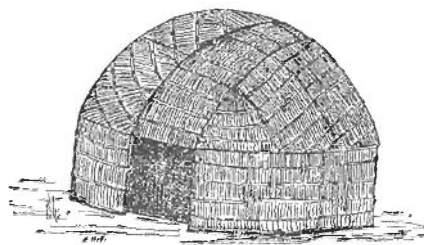
²⁴ RIVERA DORADO, Miguel: «Tierra Tarahumara», *Periplo*, Madrid, núm. 13, febrero/marzo 1977, p. 25.



Choza de verano de los Pieleros-Rojos (reproducida por Cartailhac y Breuil).

existe, con otras, una pintura en negro, modelo de tectiforme, en el que pudiera interpretarse como casa rectangular con entrada central y laterales cubiertos.²⁵

Modelos semejantes con techos del mismo material son las chozas de los pigmeos y parecidas se observan, según describe Murdock, en *Nuestros contemporáneos primitivos* (1945), con tipos de casas hechas por los aztecas de Méjico con adobes o con ramas entretrejidas recubiertas de barro y el techo cubierto con hojas de magüey. Las chozas de los habitantes primitivos indígenas de Dahomey (África Occidental) también las construyen de paredes rectangulares con barro extendido sobre un entramado de ramas. Los «iroqueses» de los Estados Unidos las tenían parecidas, con techos horizontales y postes que servían de soporte y con un tejado y costados cubiertos de corteza seca de árboles.²⁶ Los «salish» costeros y los «nootka» de la Columbia Británica (Canadá), tenían casas rectangulares con el tejado



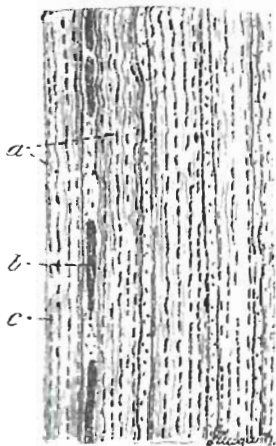
Choza de los hotentotes nama, según G. P. Murdock (1945).

²⁵ GONZÁLEZ ECHEGARAY, Joaquín: *Pinturas y grabados de la Cueva de Las Chimeneas*, Monografías de Arte Rupestre, Arte Paleolítico, núm. 2, Barcelona, 1974, lámina xi.

²⁶ MURDOCK, G. P.: *Nuestros contemporáneos primitivos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945, pp. 309 y 464.

inclinado.²⁷ Los «hotentotes nama» tienen chozas redondas en forma de cúpula hechas con ramas de acacia flexibles y cubren el techo y costados con esteras de juncos, colocadas en círculo.²⁸

Según razones climáticas y locales, los prehistóricos utilizarían para los techos el ramaje, sobre el armazón de piedra de las cabañas de diferente uso y para distinto número de personas o núcleos familiares. Algunos de estos asentamientos se dispersarían en el territorio próximo a la cueva, como hacen los citados «tarahumaras» con alojamientos para cinco miembros y unas seis casas. Alcalde del Río, en la obra de 1906, intuyó para El Castillo la hipótesis de campamentos de caza y lo expresa de esta manera: «Sus viviendas de sencillo aspecto álzanse escalonadas, ora sobre el ribazo de estas montañas, próximo al río, ora en los altos picachos donde la nieve cierne gran parte del año y el buitre y el águila real se enseñorean en la atmósfera». Muchas serían viviendas provisionales asentadas formando círculos cuando el buen tiempo permitiera abandonar provisionalmente la cueva, lugar básico y refugio seguro.



Corte histológico de un tendón de caballo con fibras duras, según A. Trautmann y J. Fiebiger. (Cortesía de J. M. Martínez).

El hecho de la diferente orientación dada a los dibujos dificultó su interpretación. Hermilio Alcalde creía que los signos podían servir a modo de una escuela de aprendizaje.²⁹

Los hogares u hornillos estarían situados en la parte trasera de los habitáculos, en el interior o en los vestíbulos de las cuevas, rodeados de piedras para facilitar el mantenimiento del fuego, a la vez que para evitar la propagación de incendios. En ellos, se supone que calentaban piedras al rojo para poder cocinar los alimentos, introduciéndolas en recipientes adecuados (calabazas ahuecadas o en los estómagos de animales, como la panza de los rumiantes, etc.). Alfonso Moure lo explica, a su vez para la cueva de Tito Bustillo, con estas palabras: «[...] la vida cotidiana de los ocupantes de la cueva durante el Paleolítico se desarrollaba alrededor de pequeñas hogueras u hogares que cumplían el doble papel de proporcionar calor y de estructura de combustión para la cocina».³⁰ En general, se aprovechaba

²⁷ DARYLL FORDE, C.: *Hábitat, Economía y Sociedad*, Barcelona, col. Libros Tau, 1966, p. 91.

²⁸ MURDOCK, G. P.: ob. cit., 1945, p. 401.

²⁹ *Las pinturas y grabados...*, ob. cit., 1906, pp. 18 y 34 respectivamente.

³⁰ *La cueva de Tito Bustillo. El arte de los cazadores del Paleolítico*, ob. cit., p. 32.

todo en el animal cazado, desde los huesos, carne y órganos, hasta los tendones, formados por hacesillos paralelos, fibrosos, tensos y longitudinales, protegidos por una envoltura de tejido conjuntivo laxo. Estas fibras de los tendones debidamente tratadas servían para fabricar cuerdas para distintos usos, como enmangar herramientas y armas. Los cuernos se empleaban como recipientes.

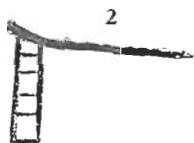
Escaleriformes

A los signos escaleriformes, aunque en algún caso concreto pudieran representar simplemente una escalera o una pasarela, nos falta saber el por qué de ellos, lo que significaban en ese sitio y su relación con otros signos o figuras de diversas cuevas. Es fácil divagar sobre la obvia utilización de algún tipo de escalera o escalones labrados en troncos con forma de dientes o en el terreno para llegar a lugares de difícil acceso, como a plataformas de cuevas abiertas en farallones rocosos o como alguna manera de salvar el paso de un río, pongo por caso. Cuevas en estas situaciones son frecuentes en la región cantábrica: las de El Castillo y Covalanas, por ejemplo, la Venta de la Perra en Vizcaya, etc.

Signos escaleriformes aparecen en Altamira, con tramos que parecen labrados sobre un poste; en El Pindal, de una raya con trazos transversos. En Altamira existen varios signos escaleriformes que por su

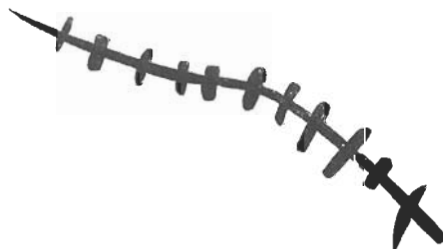


Escaleriforme de Altamira, según S. Giedion.



Signos escaleriformes de Altamira:

1. Signo de agua. 2. Escaleriforme de acceso.
3. Onduliforme (según Cartailhac y Breuil).



Escaleriforme de El Pindal.



Signos escaleriformes (signo de agua) al lado de naviformes en Altamira.

Foto Centro de Investigación y Museo de Altamira/Pedro Saura.

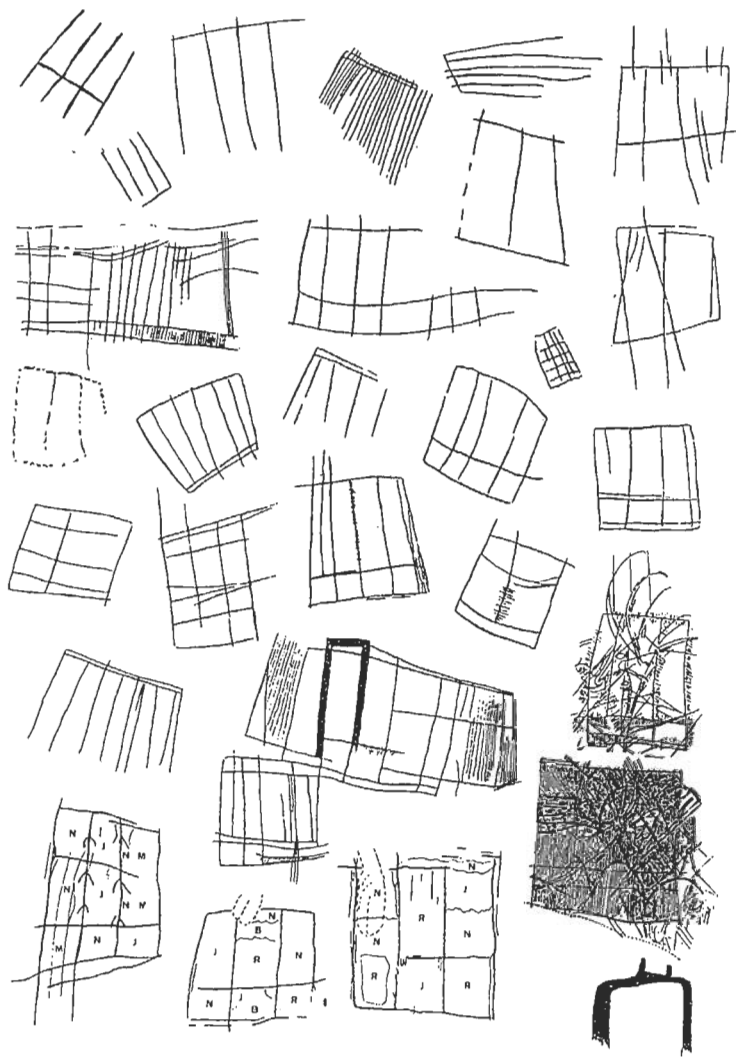
sinuosidad y variantes se nos ocurren para ellos otra interpretación: las de cursos de agua de ríos o cascadas. Una de las representaciones parece una corriente de agua que se abre en brazos que se unen y se separan; en otra forma meandros e incluso junto a ellas un signo onduliforme y cuatro especie de canoas.



Construcciones con escaleras en Bedolina (Italia), del Centro Camuno di Studi Preistorici.

Los escaleriformes se diversifican por su tamaño, grosor, longitud y se presentan asociados con otras figuras y signos.

Con respecto a la primera interpretación, es muy curioso el conocido «Mapa de Bedolina», en Val Camonica (Brescia), de arte posglacial alpino, en el que figuran varias escaleras de acceso a las casas.



Principales signos cuadrangulares y diversas variantes en la Cueva de Lascaux, con colores en los lugares con letras (reproducido por Alain Roussot, 1997).

Signos Cuadrangulares

Variantes de signos de forma cuadrangular con rayas en su interior pueden identificarse como trampas. En Altamira, La Pasiega o la cueva de Novales, existen signos en forma de parrilla, rellenos de líneas paralelas en una dirección que bien podían representar trampas, aunque también balsas elementales. En Lascaux, por ejemplo, existen incluso, con posibles animales en la cuadrícula, a modo de caídos en la trampa. Las variaciones de signos cuadrangulares son abundantes, así en Las Chimeneas, El Castillo, La Pasiega, La Garma, Covalanas, etc.³¹

Estas trampas o fosas cubiertas con ramas se utilizan aún entre los pueblos cazadores. Los «nunamiut» (Alaska) se sirvieron de trampas, si bien estas exigen un trabajo de preparación y solo se empleaban en ciertos lugares por donde pasaban los animales.³² Entre los bosquimanos, se emplearon para animales menores. Tenían menos eficacia que la caza. Los «haidas» (Columbia Británica, Canadá) las utilizan para pájaros y animales pequeños (Murdock, p. 195).

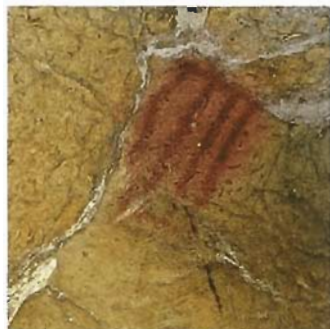
Basnas y Balsas

Entre los signos cuadrangulares, se advierten algunos parecidos a basnas o balsas, ya citados, como en El Castillo y Altamira.

Tenemos que dar por seguro la utilización de embarcaciones hechas con pieles, troncos ahuecados, además de las balsas, etc. y que el hombre prehistórico se arriesgó a penetrar en las aguas no solo interiores.

Dice H. Harrer en su libro *Vengo de la Edad de Piedra* (1998), que en la Nueva Guinea Occidental o Papúa Occidental en Indonesia se fabricaban éstas con tres troncos sobre los que se ajustaban otros tres árboles delgados cruzados y fijos en entalladuras o cortes realizados en los primeros para ensamblarlos en conjunto con ataduras de bejuco.³³

Los productos del agua (río y mar) fueron habituales en su alimentación sobre todo de peces y moluscos y se evidencia por la fabricación de anzuelos, de arpones y por la presencia de conchas de lapa (*Patella*) recogidas en las bajamares, de las que hay verdaderos concheros en los yacimientos de algunas cuevas.



Signo en forma de «parrilla» de la cueva de Las Aguas (Novales).

Foto: Museo de Altamira.

³¹ *Las cuevas con Arte Paleolítico en Cantabria*, ob. cit., p. 244.

³² BINFORD, L. R.: *En busca del pasado*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 144-145.

³³ HARRER, H.: *Vengo de la Edad de Piedra*, Barcelona, Plaza y Janés, 1998, p. 308.

Algunos pueblos primitivos derribaban los árboles corpulentos por medio del fuego y los menores con hachas de piedra, como lo hicieron los «witotos» del noroeste del Amazonas (Colombia), según apunta H. Harrer.³⁴ Siempre con madera joven.

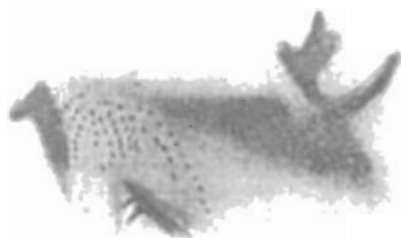
Puntiformes (puntos aislados, en fila o en grupo). Los discos

Los puntos de diferente tamaño, aislados o en grupo, constituyen signos abundantes en las cuevas. Aunque de significado desconocido, se han propuesto diferentes interpretaciones. Los hay que contornean las figuras, como las ciervas de Covalanas en Ramales o punteados en tres filas y curvados en forma de uve, tal es el caso de la cueva de La Meaza en Ruiseñada. Otras veces aparecen en grupo pintados en el interior de ciertas figuras, como en la Cueva de Chufín en un bisonte con relleno de puntos o en la de Marsoulas.



Puntiformes curvilíneos
en la cueva de La Meaza.

Las señales de puntos rojos de tamaño mediano pueden presentarse en forma paralela, aislados o en fila y es posible que señalen, a nuestro juicio, los encuentros de los dos grupos de machos y hembras de bisontes durante la reproducción. Los bisontes europeos eran sedentarios, aunque también realizarían pequeñas migraciones muy diferentes a las de Norteamérica, por todo el territorio a través de las extensas llanuras y estepas. Las estacionales se dan en las manadas de bisontes americanos y en otras especies, como el caribú (*Rangifer caribou*), subespecie del reno (*Rangifer tarandus*); o la del ciervo (*Cervus elaphus*) en invierno en busca de mejores pastos en zonas de clima más benigno. Los desplazamientos del reno y el ciervo los conoció también el hombre prehistórico, si bien no sabemos si pudiera quizá referirse a ellos el punteado pequeño.



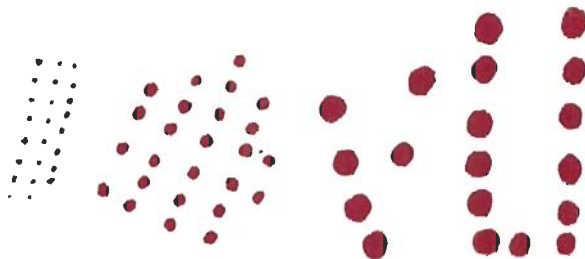
Cervido de cuernos palmeados.
Especie migratoria con punteado
en círculo de la cueva de Altamira
(según Cartailhac y Breuil, 1906).

³⁴ Ibidem, p. 378.



Los grupos de bisontes irían siguiendo rutas fijas y en fila, los dos sexos de la manada por separado y las hembras preñadas, o no, con sus crías conducidas por una hembra vieja y experimentada. Así en la Cueva de Chufín, en Riclones (Cantabria), se ven alineaciones de puntos en rojo de tres y cinco filas. También en la cueva de La Meaza o en La Pasiiega, entre otras.

El bisonte europeo (*Bison Bonasus*, L.), que es el que conoció el hombre prehistórico, formaría grupos poco numerosos que en el verano se dispersaban por las praderas. Por analogía con los conservados hasta el primer tercio del siglo xx o en reservas y zoos del este europeo, mediría de 2,30 a 3,50 m y 1,60 a 1,95 de alzada y peso de 400 a 1000 kg. Su capa es de color castaño rojizo, habitaba en los bosques y también en llanos y montes. La época de celo y reproducción tendría lugar a finales de verano. Las crías siguen con sus madres tras la lactancia y hacia los cuatro meses los machos se incorporan a la manada de su sexo.



Puntiformes de El Castillo (clasificación según tamaño por Alcalde).

Alcalde del Río, en los dibujos de El Castillo en su ya citado libro de 1906, va haciendo una especie de clasificación según tamaño, número o forma de agrupamiento. Los paralelos de hasta cinco filas podrían representar, según la anterior interpretación, las migraciones estacionales de la manada, de carácter ecológico; los medianos, de dos a cuarenta ejemplares, la unión de los dos sexos durante la reproducción, al igual que en otras cuevas ya citadas. Las primeras filas de puntos, dice Alcalde, forman «figuras de simples y múltiples hileras paralelas, cruces y curvas cerradas».³⁵ Los desplazamientos de las manadas debieron de ser un espectáculo que impresionó al hombre primitivo por lo que es fácil que quisiera dejar constancia de ello, aparte de que su representación le sirviera para la planificación de estrategias de caza o para el aprendizaje. En algunas cuevas de Cantabria aparecen pequeños conjuntos de puntos, de seis a diez, que podrían indicar agrupaciones familiares de estos animales.

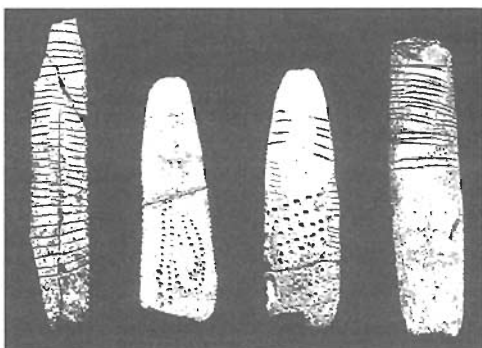
³⁵ *Las pinturas y grabados...*, 1906, ob. cit., p. 63.



Grupo de puntos de cueva Chufin (Riclonos), según Manuel de Cos.



Grupo de alineaciones de puntos de tamaño mediano en la cueva Chufin (1973).



Huesos de cuevas de la Dordogne, utilizados como una función mnemotécnica, según A. Marshack (reproducido por Leroi-Gourhan, 1984).

El seguir siempre la misma ruta facilitaba su captura. En El Castillo y Trois Frères, por ejemplo, las puntuaciones siguen de una a la otra o van paralelas en sus traslados, como hemos supuesto. Su paso por lugares próximos facilitaba que los cazadores dieran muerte sin dificultad a los ejemplares rezagados, viejos o enfermos. El naturalista Ernest Thompson Seton³⁶ ha estudiado las migraciones del bisonte norteamericano y cómo algunas partes de la manada siguen caminos circulares, unos en el sentido

de las agujas del reloj y otros cruzando en invierno la pradera en busca de pastos en lugares propicios del norte al sur. En el caribú también la migración tiene un movimiento igualmente circular en sentido contrario al de las agujas del reloj. En invierno y primavera se dirigen al noroeste.³⁷

En El Castillo, efectivamente, vemos conjuntos de puntos que parecen señalar las rutas del encuentro de los dos sexos de la manada y los círculos o curvas que realizaban al mezclarse.

Breuil y Cartailhac opinan que algunos puntos se distribuían conforme a un plan. Hay que considerar los puntos según el lugar de la cueva donde están pintados, si forman círculos, si son lineales o figuran en grupo, teniendo en cuenta el color, el tamaño y el número de ellos, desde los aislados hasta la doble, triple y múltiple puntuación.³⁸ Cuantas más variedades de ejecución existan, mayor dificultad de interpretación.

En otro orden de cosas, los discos o puntos grandes de color rojo, existentes en El Castillo (galería de los Discos), Cudón, La Garma, etc., quizá sirvieron de señales de orientación espacial o, también, para señalar las fases de luna llena que les servirían de calendario. Fueron hechos por soplado y se sospecha procedan del Gravetiense. Hay al menos contabilizados 172 discos y uno de ellos sobresale por su representación llamativa.

Hitos diferentes de referencia temporal para el hombre primitivo fueron las migraciones de muchas especies, la temporada de las lluvias e, incluso, el ciclo

³⁶ SETON, E. T.: *Life-Histories of Northern Animals*, vol. 1, Nueva York, 1909.

³⁷ HARRISON MATTHEWS, L.: *Los mamíferos*, Barcelona, Ediciones Destino, 1976, p. 331.

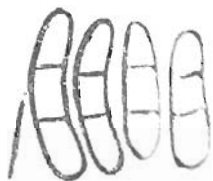
³⁸ LEROI-GOURHAN, A.: ob. cit., pp. 241-242. B. A. Frolon (1974) ha estudiado la frecuencia del número siete y sus múltiples.

menstrual y la gestación de la mujer, que señalaban la medida del paso de los días. Hay huesos con rayas repetidas que se supone tendrían también un valor contable, como las que A. Marshack concede una función mnemotécnica como una anotación del pasaje de dos 1/4 meses lunares.³⁹ Los «haidas» emplearon los meses lunares y tomaban nota de la posición del sol.⁴⁰

Una pregunta que se ha formulado entre los prehistoriadores es el protagonismo de la mujer ante un posible matriarcado e, incluso, en la ejecución de las pinturas.

Naviformes

También algunas variantes de forma alargada (navicular) podrían asimilarse a reproducciones de embarcaciones. Los «haidas» de la Columbia británica fabricaban diversos tipos de canoas que impulsaban con paletas.



Naviformes de
El Castillo y Altamira.

En Dahomey empleaban canoas ahuecando el tronco con fuego, procedimiento muy posiblemente utilizado también por el hombre prehistórico. Los «nootka» de la Columbia británica fabricaban las canoas con árboles pequeños que abrían por la mitad longitudinalmente, de madera de cedro y de haya y los vaciaban con cinces de piedra. Los «nootka» y los «haidas» eran los mejores constructores de canoas.⁴¹

Onduliformes y Serpentiformes

Se llaman así los signos curvilíneos representativos, tal vez del agua en los ríos. Están presentes estos signos en las cuevas de Altamira (muy abundantes), en Hornos de la Peña y en la francesa de Gargás (Aventignan) con numerosas



Meandriiformes y onduliformes en las cuevas de Hornos de la Peña y de Altamira.

³⁹ «Exploring the Mind of Ice Age Man», *National Geographic*, January, 1975, pp. 64-89.

⁴⁰ MURDOCK, G. P.: ob. cit., p. 194.

⁴¹ DARYLL FORDE, C.: ob. cit., pp. 98 y 99.

manos negativas en esta última. Leroi-Gourhan los señaló abundantemente en una de las salas de Rouffignac.⁴²

Pueden considerarse como serpentiformes algunos ejemplares representados como pinturas o grabados en las cuevas de Altxerri y Llonín.

Reticulares



Espatula grabada procedente de El Pendo.

Alcalde del Río representa en su libro de 1906 reticulares existentes en la cueva de El Castillo y que, en el caso de que se refieran a redes para pescar o cazar, refugiarse, etc., podrían fabricarse de fibras vegetales, tiras de pieles o con crines, e incluso, con ramas y maderas ajustadas. Aparecen dibujados en los laterales del tectiforme de la cueva de Las Chimeneas y son abundantes en Las Monedas y como adorno en una plaqueta decorada de El Pendo (Barandiarán, 1972).

Placentiformes

Los placentiformes fueron señalados por primera vez por Manuel Mallo Viesca y J. M. Suárez en las cuevas de La Riera y de Balmori,⁴³ en signos, también con puntuaciones que, a juicio de Enrique Junceda están presentes en las cuevas de Tito Bustillo y Hornos de la Peña y representarían placentas animales o humanas.⁴⁴ Del bisonte pueden verse placentas en la cueva de Altxerri



Placentiforme de Tito Bustillo, según M. Mallo.



Placentiforme en la cueva de Las Aguas.
Foto: Javier Herrera.



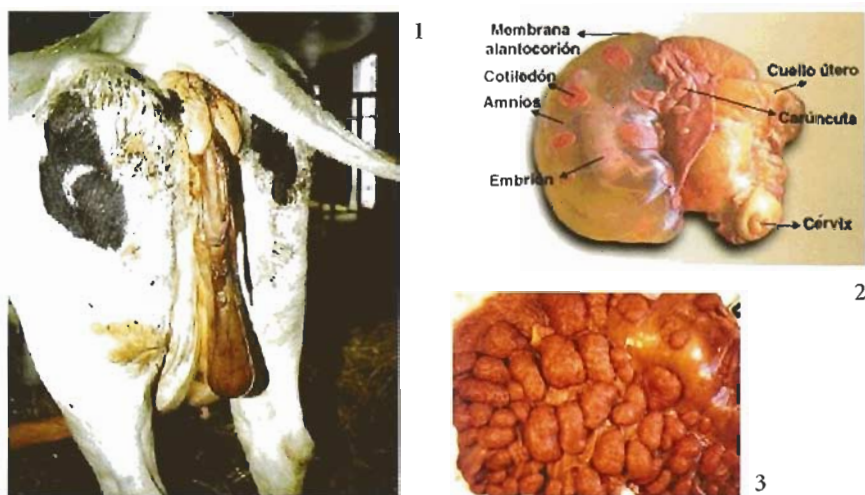
Placentiforme de la cueva de Altxerri (Guipúzcoa).
Foto: Alberto Fernández Ibarburu.



⁴² *Arte y grafismo en la Europa prehistórica*, Ediciones Itsmo, Madrid, 1984, p. 252.

⁴³ *Zephyrus*, Salamanca, 1972-73, p. 24.

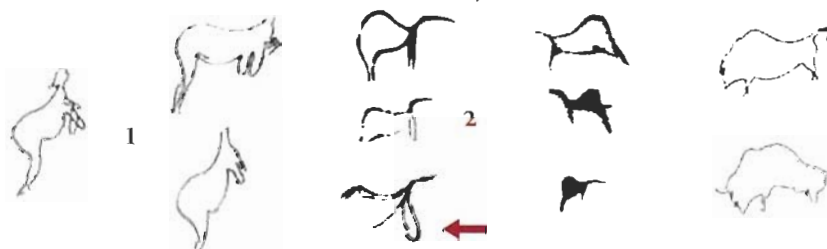
⁴⁴ JUNCEDA, Enrique: *La sexualidad primitiva y su simbología a través del arte prehistórico*, Discurso en la Real Academia de Medicina del Principado de Asturias, 1974.



- Proceso de la expulsión de la placenta en un bovino: 1. Retención placentaria en la vaca;
 2. Parte fetal (cotiledones) y parte uterina (carúnculas) de la placenta bovina, y
 3. Vista del interior del útero de la vaca con sus carúnculas.

Fotos cedidas por Juan Carlos Fernández Domínguez, catedrático de Reproducción Animal de la Facultad de Veterinaria de León.

y en la del Castillo (lámina X, núm. 23, según Hermilio Alcalde) e, igualmente, en la cueva de Las Aguas, así como, posiblemente, en la cueva de El Pindal y en Altamira, donde se considera este signo dudoso y dado como un pez. Es posible que se utilizara la placentofagia.



En la presente imagen de la cueva de Pech-Merle se aprecia una secuencia de mujeres grávidas (1) junto a bisontes hembras (2) generadoras ambas de placentas (↔). Leroi-Gourhan lo interpretó como una trasmutación de mujer a bison y viceversa (según Sanchidrian, 2001, reproducido por Leroi-Gourhan y Alberto Mingo).

Pisciformes

Hay representaciones de peces en las cuevas de El Pindal, La Pasiega, el salmón de Ekain, los pleuronectiformes de Altxerri y Chufin, que son figuras realistas de peces, pero no signos. Los esquimales utilizan para la captura anzuelos, sacos de red y realizan barreras en la desembocadura de los ríos (Daryll Forde, p. 131).

*Aviformes u Ornitomorfos*⁴⁵



Signos aviformes,
según R. Cartailhac
y H. Breuil.

Se aprecian claramente aves en las cuevas de Altamira, Galería B de La Pasiega, El Pindal, El Pendo y Altxerri. En Francia en las de Pech-Merle, Cougnac y Cosquer. Para algunos autores el ave de la cueva de Chufin es dudosa. En Altamira, Alcalde del Río señaló en sus dibujos la presencia de aves (pájaros y palomas) que no se pueden considerar como signos. Son frecuentes sus restos óseos en el auriñaciense de El Castillo.

Los aviformes se aprecian en el libro de Cartailhac y Breuil de 1906, *La caverne de Altamira*, fig. 54, p. 71. A su vez, Hermilio Alcalde dibujó en su libro de esta misma fecha, en la lámina III de la cueva de Altamira, aves con gran exactitud y que, como decimos no tienen nada de signos. En la cueva de Chufin está representada un ave de largo pico. Las aves también realizan migraciones y en ellas se dan los vuelos formando círculos con miles de ejemplares que incluso se posan sobre árboles. Su captura se realizaría con la producción de humo al pie de ellos.

Escutiformes o Campaniformes

Los escutiformes podrían interpretarse como posibles recipientes realizados con pieles de animales. (Se aprecia en algunas de las figuras que están abiertas por el centro como para introducir algo en su interior, a modo de un saco para el transporte). Junto a su representación hay un signo vegetal negro. Junceda Avello concede a los *campaniformes* de El Castillo el valor de signos femeninos. Alcalde los consideró escudos de defensa.



Escutiformes de El Castillo,
según Alcalde (1906).

⁴⁵ «Les oiseaux dans l'art paleolithique» en *Les cavernes de la Region Cantabrique*, por H. Alcalde, H. Breuil y L. Sierra, ob. cit., pp. 230-237.

Empalizamorfos



Empalizamorfo de Hornos de la Peña, según Alcalde.

Los signos que podemos llamar empalizamorfos (en forma de empalizada) tienen dos formas, los de tamaño grande, asociados a representaciones de bisontes como en Altamira y los que en menor tamaño son trazos verticales sobre una línea horizontal. Hay otra variedad con forma repetida de «y» griega en fila, también asociada al bisonte, como en Altxerri que opinamos figuran en los pasillos que conducen a los copos de captura. Alcalde los describió en Altamira y en Hornos de la Peña (San Felices de Buelna), donde dice que los encontró reproducidos en un espacio de tres metros (*Pinturas y Grabados*, p. 50).



Bisontes de la cueva de Altxerri atravesando un supuesto pasillo de ramaje (1976).

Otra cosa diferente son los copos acotados o cercos, construcciones con una entrada que permitía que los animales pudieran introducirse en ellos para luego matarlos. Por ejemplo, los indios «iroqueses» (confederación iroquesa de América del Norte), que habitaban el norte del Estado de Nueva York incendiaban una parte del bosque y obligaban a los animales a huir «entre dos cercas convergentes de maleza hacia las salidas de las cuales se los mataba desde una emboscada».⁴⁶ Los «Pies negros», cazadores de bisontes en Norteamérica, al norte

⁴⁶ MURDOCK, G. P.: p. 251. Los «pies negros» de las Grandes Praderas de Norteamérica quemaban la hierba por el lado que soplaba el viento para rodear así a los animales (DARYLL FORDE, C.: *Habitat, Economía y Sociedad (Introducción geográfica a la Etnología)*, Barcelona, Edic. Oikos-tau, 1966, p. 71.



Copo de un supuesto cerco con empalizada y pasillo de entrada (según Desprez).

del Golfo de Méjico, empleaban idénticos cercados con paredes construidas de troncos, piedras y tierra.

Pueden verse al respecto los grabados de la cueva de Altxerri de bisontes en su paso entre empalizadas y ramaje.⁴⁷ Por lo general, algunas especies volvían estacionalmente al mismo lugar, lo que facilitaba su captura.

Pectiniformes

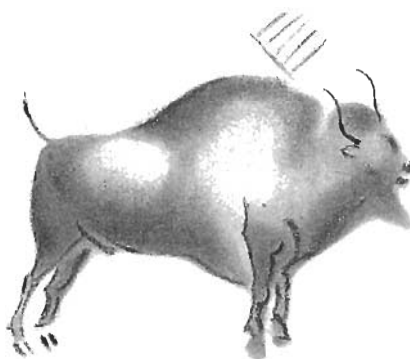
Los pectiniformes, en forma de peine, aparte de abstracciones generalmente numéricas podrían significar, empalizadas (líneas de postes hincados sobre el suelo), como se ve en un trazo con barras yuxtapuestas en la cueva La Clotilde de Santa Isabel (Cantabria). Los hay con las púas hacia arriba y otros con ellas hacia abajo, según la perspectiva y de tamaño grande y pequeño. A los grandes



Pectiniformes en El Castillo.

⁴⁷ ALTUNA, Jesús y APELLÁNIZ, Juan María: *Munibe*, fasc. 1-3, San Sebastián, 1976, p. 116.

se los llama también *parrillas* como los ejemplares destacados en Las Aguas, en Novales y La Garma. De Altamira, Cartailhac y Breuil copiaron en su libro dos pectiniformes junto a pequeños bisontes negros del techo. En la citada figura 63, p. 116, de la cueva de Altxerri, reproduce la marcha de los bisontes caminando hacia un copo. Una de estas empalizadas puede verse en la cueva de Hornos de la Peña representada con el número 11 en la lámina VII.



Reproducción de un pectiniforme junto a un bisonte en Altamira, según H. Breuil.

Claviformes

Los claviformes, estudiados principalmente por Leroi-Gourhan, han sido interpretados comúnmente como figuras tanto femeninas como masculinas, asociadas muchas veces a otras imágenes y presentes en numerosas cuevas, como por ejemplo en Cullalvera con signos claviformes rojos y negros, en Las Monedas y en Peña de Candamo. Caso de grabados de líneas paralelas son los de La Peñota. Hay claviformes en Altamira, La Pasiega y La Garma. Me parece muy curiosa e interesante la figura de Altamira que, a mi modo de ver, representa una pareja humana, hombre y mujer muy esquematizados. Existe también en el techo un



Bisonte y Claviformes en El Pindal.

claviforme que al separarse muestra una pareja humana, que podemos ver desdoblados. Se trata de uno de las figuras más curiosas de la cueva, ya que cada claviforme puede tener el significado tanto masculino como femenino, según se dibuje.

Los signos sexuales, aparte de las vulvas, las placentas y de los esquematizados claviformes, aparecen señalando en algunos casos una porción de la figura femenina como las que presentan el desarrollo de los glúteos y, en otros casos, de los pechos o de la zona del pubis. Existen abundantes signos sexuales (vulvas) en la cueva de La Lluera II en la cuenca del Nalón, en Asturias.



Signo del techo de Altamira con dos claviformes y su desdoblamiento en figuras humanas.

Los signos no están siempre singularizados y es frecuente verlos mezclados con figuras de animales, rayas o dentro de un conglomerado de trazos. Los sexuales femeninos se representan con triángulos y una línea que indica la apertura de la vulva o claviformes masculinos y femeninos. Estos últimos se señalan esquemáticamente con un trazo abultado que señala los pechos, como en El Pindal, Fontanet, Trois Frères, etc. Normalmente son los glúteos los destacados en el cuerpo. Los signos y símbolos sexuales muestran el interés y curiosidad de los prehistóricos por la reproducción.

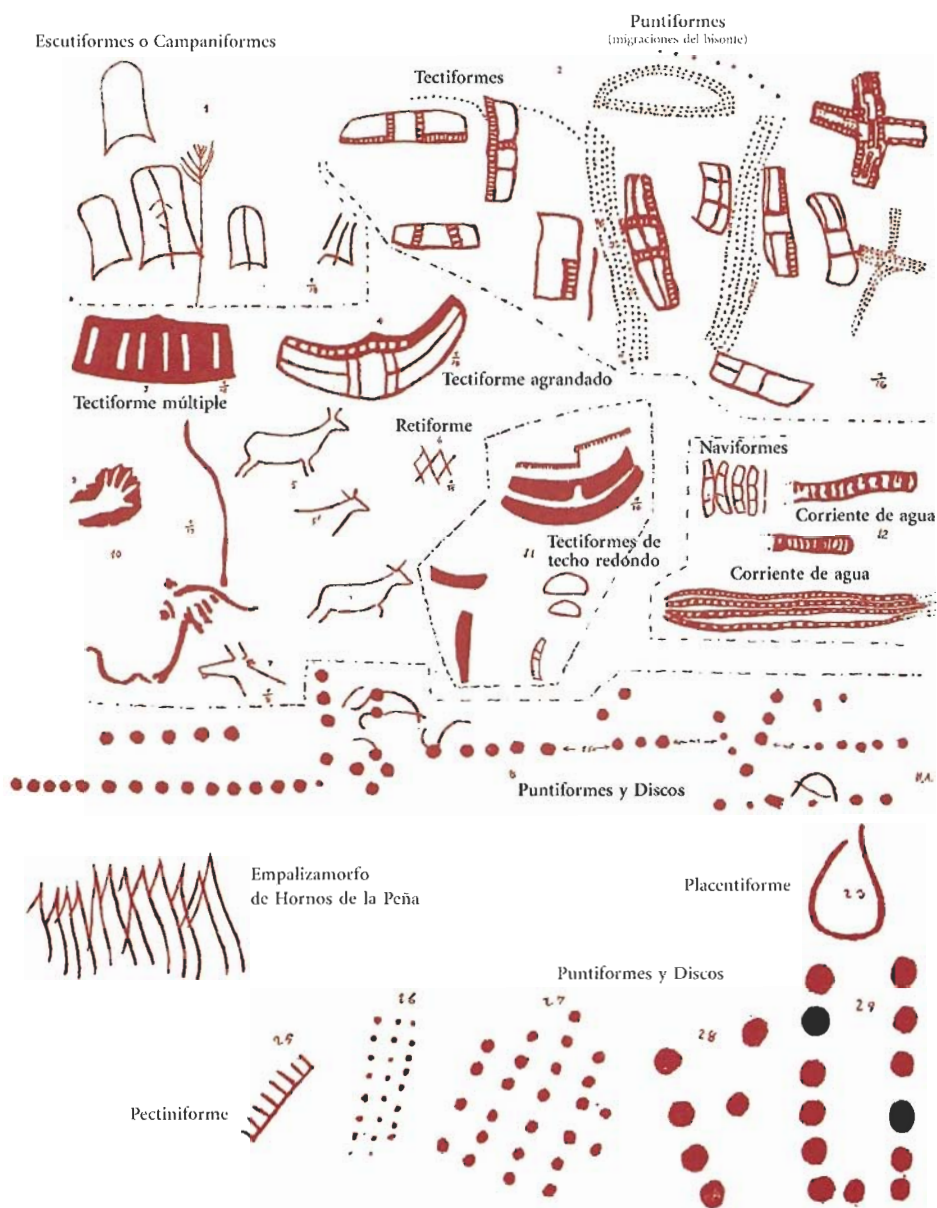
El mundo de la sexualidad tuvo el mismo interés que el de la nutrición, con la búsqueda y hallazgo de recursos alimentarios. Ello significaba la perpetuación de la especie, dado que la mortandad infantil era numerosa, así como la de la madre a causa del parto. Por ello es un signo propiciatorio abundante en las cuevas.

Pigomorfos

Son menos conocidos los llamados signos pigomorfos (del griego «pygué», nalga) que son siluetas sin cabeza ni pies que representan la parte posterior de figuras femeninas vistas de perfil, localizadas en Gönnersdorf, en Neuwied, cerca de Colonia.



Signo pigomorfo femenino en Gönnersdorf.



Signos de la cueva de El Castillo (Puente Viesgo) y un empalizamorfo de la cueva de Hornos de la Peña, dibujados por Hermilio Alcalde del Río en el libro *Las Pinturas y Grabados de las Cavernas Prehistóricas de la Provincia de Santander* (1906, Est. VII, IX y X). Interpretación de los signos por Benito Madariaga.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A modo de conclusión, podríamos decir que, en algunos casos, los signos fueron la expresión figurativa de objetos o materiales que los hombres del Paleolítico utilizaron y que nosotros intentamos comprender por medio de analogías (tectiformes, escaleriformes, escutiformes, puntiformes, etc.). Es decir, que pueden indicar cómo vivieron, las clases de construcciones de viviendas que tenían, las embarcaciones, los cursos del agua, los movimientos de las manadas, etc., así como determinados fenómenos o cosas de uso común en el Paleolítico, quizá para información de recursos a futuros ocupantes de las cuevas, o bien para recuentos, mediciones varias, aprendizaje, etc. En otros casos, los signos se consideran prácticamente indescifrables, aunque se esté analizando su forma, sus relaciones espaciales, repeticiones y variantes en diferentes zonas, estudiadas como señales de identidad de comunidades o grupos humanos y que ponen en evidencia los intercambios culturales.

Los llamados signos de la prehistoria no son, pues, a nuestro juicio, un juego o caprichos sin significado, realizados al azar, sino que están referidos a objetos y fenómenos materiales o a componentes del pensamiento, simplemente a «ideas», y que utilizaron para entenderse, a modo de un sistema de signos con un código compartido. Así los tectiformes, la diferente significación de los escaleriformes, etc., al igual que las puntuaciones en fila, en círculo o en grupos diversos que, podríamos relacionarlos, según lo ya expuesto, con los distintos movimientos de las manadas con ocasión de las uniones sexuales o de desplazamientos.

En definitiva:

Los signos no son producto del azar ni del entretenimiento, aunque hay trazos y muestras ornamentales en instrumentos de caza o de uso cotidiano. Representan mensajes comunicativos, algunos indescifrables. Tienen, gran parte de ellos, un carácter informativo y utilitario, aunque no intuimos en todos su

significado. Los signos se comportan como un código de la forma de vida y de los medios que tenía el hombre prehistórico para sobrevivir mediante el uso del agua, la vivienda, la navegación, la caza de animales, etc. Los signos fueron realizados de tal modo que pudieran ser entendidos por sus congéneres. La consideración morfológica de los signos, de sus variantes y localización, así como de su interpretación, están hoy en proceso de estudio.

APÉNDICE

«Remembranzas»

VA para un tercio de siglo desde que por vez primera me aventuré en la búsqueda, por esta región del Cantábrico, de nuevas localidades subterráneas que, cual «Altamira», pudieran contener en sus muros muestras de arte del cuaternario antiguo. Porque mi convencimiento, después de detenido estudio con respecto a tal localidad, fue el de que no podía ser ella un caso aislado, por cuanto para alcanzar el grado de perfección que allí se manifiesta era necesario seguir un continuado proceso en prácticas de aprendizaje que no habrían de poner, allí precisamente, principio y término a la experiencia.

Hubo en aquellos lejanos días un inesperado acontecimiento que vino a poner mayor estímulo a mis afanes de investigación: Transcendió, aqueude las fronteras, el descubrimiento en la Dordogne (Francia) de la caverna de «Font de Gaume», gemela de nuestra «Altamira». Y era de dar por descontado que de tan por entonces lejanos lugares, con el bloque pirenaico por barrera, no iban a intentar los artistas decoradores de señaladas localidades efectuar un recíproco traslado para ejercer su oficio.

Con el bagaje tenaz de la obsesión y la suerte por aliada recorrí toda nuestra zona montañosa, y a partir de 1902 hasta 1911 descubrí la serie de localidades siguientes, en todas las cuales se halla gráfica rupestre más o menos interesante, pero demostrándose con claridad en su conjunto el proceso seguido en este arte, hasta alcanzar su culminación en «Altamira»: «Hornos de la Peña, en San Felices de Buelna; «Covalanas» y «La Haza», en Ramales (en colaboración estas dos últimas con el P. Sierra); «Castillo», en Puente Viesgo; «Santián», en Puente Arce; «Meaza», en Ruiseñada; «Pendo», en Camargo; «Las Aguas», en Novales; «Pindal», en Pimiango (Asturias); «Mazaculos», en La Franca (id.); «Quintanal», en Balmori (id.); «La Loja», en Buelles (id.); «Clotilde», en Santa Isabel (estas dos últimas en colaboración con Breuil); «Atapuerca», en Ibeas de Guarros (Burgos); «La Pasiega», en Puente Viesgo (en colaboración con Obermaier y Wernert).

Al llegar aquí he de hacer referencia a una humorada, por demás graciosa, del Sr. Obermaier, mi antiguo colaborador. En su obra *El Hombre Fósil*, atribuye —sin duda por un fenómeno poco explicable de amnesia aguda— la paternidad de dos de las citadas localidades por mí descubiertas, a otros individuos. Pero solo me interesa aludir a uno de estos por la calidad de la caverna de que se trata. Puse en conocimiento de él el honor que la concedía el autor mencionado, testimoniado en letras de molde, y quedose, al saberlo, mi «sustituto» tan admirado y perplejo cual si le presentaran un hijo sin haber tenido «tratos» con la madre.

Con referencia a las cuatro primeras localidades de esta serie publiqué una Monografía en la revista *Portugalia*, de Porto, y una edición, aparte, en Santander,¹ incluyendo en su estudio el verificado en «Altamira» con extensas reproducciones de la gráfica contenida y referencia de las investigaciones iniciadas en sus yacimientos arqueológicos, que dieron la resultante de contener niveles pertenecientes al Mousteriense, Aurignaciense, Solutrense y Magdaleniano.

En la fecha de la publicación de aquella Monografía coincidió el IV Congreso de Paleontología y Arqueología Prehistórica que se celebró en Mónaco, presidido por el Príncipe de este pequeño Estado; y a tal Congreso envié, sin otro anuncio, un ejemplar impreso. Y poco después recibí la grata sorpresa de la buena acogida que se dispensó a aquel trabajo por los congresistas, algunos de los cuales me enviaron telegramas con sentidas frases de felicitación por mi emprendida labor. De entre ellos recuerdo a MM. Capitán, Cartailhac, Boule, Breuil, Mortillet, todos ellos especializados en la ciencia prehistórica. En correspondencia posteriormente habida tuvieron la gentileza de ratificarme sus laudatorias frases a mi humilde persona.

Mas hube de tener otra mayor sorpresa. A la terminación de aquel Congreso recibí una comunicación en nombre del Príncipe, en la cual se me manifestaba el deseo de S. A. S. de asociarme al grupo de especialistas que bajo sus auspicios y protección se estaba formando para la prosecución de estos estudios, y, ante tan elevado como inmerecido honor, acepté el puesto señalado para colaborar en tan para mí gratos deseos.

El resumen de estos trabajos, por lo que afecta a nuestra nación y se relaciona con esta región, ha sido dar a luz estas tres monumentales obras de fondo: *La Caverna de Altamira*, por Cartailhac y Breuil, con un capítulo adicional sobre su yacimiento arqueológico, por H. Alcalde del Río, edic. Mónaco, 1906; *Las Cavernas de la Región Cantábrica*, por Alcalde del Río, H. Breuil y el P. Lorenzo

¹ *Las pinturas y grabados de las Cavernas prehistóricas en la provincia de Santander* (marzo 1906).

Sierra, edic. id., 1911; y *La Pasiéga*, por H. Breuil, H. Obermaier y H. Alcalde del Río, edic. id., 1913.

En tales estudios se ha venido perseverando con extensión a otras regiones principalmente, en una labor continua, por el abate Breuil, además de otros varios especialistas y aparte de los de nuevas hornadas. La realizada por él ha sido dada a conocer en su monumental obra, distribuida en cuatro grandes tomos y editada en París recientemente bajo los auspicios de la Fundación Singer-Polignac intitulada *Les Peintures Rupestres Schématiques de la Péninsule Ibérique* [1933]. El primer tomo comprende las rebuscas realizadas al Norte del río Tajo; y el segundo, tercero y cuarto, las realizadas, respectivamente, en el valle del Guadiana, en Sierra Morena y en el Suroeste de España.

Al terminar estas líneas deseo rendir tributo y homenaje de admiración y cariño a este sabio abate y amigo, profesor de la Universidad de París y del Instituto de Paleontología Humana, a quien trato desde su juventud con cualidades tan notables como las de su sencillez, laboriosidad, sabiduría y prendas morales que le acompañan ha sabido elevarse por su propio esfuerzo a los más altos puestos del saber humano.

H. ALCALDE DEL RÍO

Director de la Escuela de Artes y Oficios
Torrelavega, 1935

Este libro es el resultado de la conferencia pronunciada
por el autor, el día 25 de septiembre de 2013, dentro del
«XXIII Ciclo de Conferencias sobre Prehistoria»
(Homenaje a Benito Madariaga de la Campa),
celebradas en Puente Viesgo (Cantabria)
por la Asociación de Amigos de las Cuevas del Castillo.



Se acabó de imprimir en Bedia Artes Gráficas, S. C.,
en Santander, el día 25 de agosto de 2014.

Todo cuanto sucede no es sino un símbolo.

GOETHE

